

personal, de nuestros fracasos y de nuestras debilidades, y simplemente dedicar tiempo para absorber al Señor; a medida que pasamos tiempo absorbiéndole, crecemos con el crecimiento de Dios en nosotros, con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo (Mt. 14:22-23; 6:6; Col. 2:7a, 19b; cfr. Lc. 8:13). Dios no crece en Sí mismo, sino que debe crecer en nosotros. Por tanto, debemos dedicar tiempo para absorberle, a fin de que podamos crecer con el crecimiento de Dios con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo.

En el libro *El Cristo todo-inclusivo*, el hermano Lee pregunta por qué la condición de la iglesia es tan pobre cuando Cristo es inescrutablemente rico. La razón es la indolencia o pereza; se debe a que no laboramos en Cristo (pág. 178). En Proverbios 6:9-11 hay una advertencia para aquellos que son perezosos; dice que un poco de sueño o un poco de dormir hará que la pobreza venga sobre nosotros como ladrón. Proverbios 26:14 también habla del perezoso, y dice que el perezoso que se vuelve en su cama es semejante a una puerta que gira sobre sus quicios. Muchas veces somos así en la mañana; nos volvemos de un lado a otro en la cama. Debemos orar: “Señor, ten misericordia de mí. Levántame cada mañana”.

No debemos tener contacto con el Señor en la mañana de manera apresurada. Si durante este tiempo estamos apurados o distraídos, no podremos absorber muchas de Sus riquezas. Por consiguiente, debemos quitar nuestra mirada de todo lo que nos distrae y dedicar tiempo para absorber al Señor. Si no somos fieles en esto, nuestra condición se deteriorará gradualmente. Que el Señor nos haga fieles en este asunto para que Dios pueda crecer en nosotros, y a medida que Él crezca en nosotros, pueda edificarse el Cuerpo de Cristo como el nuevo hombre con miras a Su expresión en el universo.—E.M.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE COLOSENSES

El reino del Hijo amado del Padre (Mensaje 3)

Lectura bíblica: Col. 1:13; Hch. 26:18; Jn. 3:3, 5; Lc. 17:20-21; Mr. 9:1-2

- I. El reino de Dios es el gobierno, el reinado, de Dios con todas sus bendiciones y disfrute—Mr. 1:15:
 - A. El reino de Dios es la esfera en que Dios reina de una manera general, desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura; además, es el dominio en que Dios reina de una manera particular en términos de la vida divina—He. 1:8; Sal. 145:13; Dn. 4:3; Jn. 3:3, 5, 15.
 - B. El reino de Dios es Dios mismo, y, como contenido de dicho reino, Dios es la vida así como también lo es todo—Mr. 1:15; cfr. Ef. 4:18.
 - C. El reino de Dios es el Salvador, el Señor Jesús, quien como la simiente de vida se siembra en Sus creyentes y se desarrolla hasta ser una esfera, el propio reino en el cual Dios puede reinar en Su vida divina—Lc. 17:20-21; Mr. 4:3, 26:
 1. La entrada a este reino es la regeneración, y el desarrollo de este reino equivale al crecimiento que los creyentes experimentan en la vida divina—Jn. 3:5; 2 P. 1:3-11.
 2. El reino hoy es la vida de iglesia, en la cual viven los creyentes fieles—Ro. 14:17.
 3. El reino de Dios se desarrollará hasta llegar a ser el reino venidero, el cual será la recompensa que heredarán los santos vencedores en el milenio—Gá. 5:21; Ef. 5:5; Ap. 20:4, 6.
 4. El reino tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén, la cual será la esfera eterna donde la bendición eterna de la vida eterna de Dios será disfrutada por los redimidos de Dios, en los cielos nuevos y la tierra nueva, por la eternidad—21:1-4; 22:1-5, 14.

- D. El reino es el resplandor de la realidad del Señor Jesús; estar bajo Su resplandor equivale a estar en el reino—Mr. 9:1-2.
- E. El reino de Dios es el reinado de Dios y, como tal, no sólo es el ámbito del señorío divino, sino también el ámbito propio de la especie divina, en el cual se halla todo lo que sea divino—Jn. 3:3, 5:
1. En Juan 3 el reino de Dios se refiere más a la especie de Dios que al reinado de Dios.
 2. Dios se hizo hombre a fin de participar de la especie humana, y el hombre es hecho Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, a fin de ser partícipe de la especie divina—1:12-14; Ro. 8:3; 1:3-4.
 3. Para entrar en la esfera divina, es decir, en la esfera de la especie divina, tenemos que nacer de Dios a fin de poseer la vida y la naturaleza divinas—Jn. 1:12-13:
 - a. Dios nos regeneró para que pertenezcamos a la especie divina, y así podamos entrar en el reino de Dios—3:3, 5.
 - b. En virtud de nuestro segundo nacimiento, entramos en el reino de Dios y llegamos a ser de la especie divina; ahora, somos Dios-hombres que pertenecen a la especie divina, esto es, al reino de Dios.
- II. El Padre nos ha librado de la potestad de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo de Su amor—Col. 1:13:
- A. La potestad de las tinieblas denota la potestad de Satanás—Hch. 26:18:
1. Las tinieblas son Satanás, quien es la muerte; por tanto, ser librados de la potestad de las tinieblas equivale a ser librados del diablo, de aquel que tiene el imperio de la muerte—He. 2:14; Jn. 17:15.
 2. Hemos sido librados del diablo, de Satanás, por la muerte de Cristo y mediante la vida de Cristo en resurrección—Col. 1:13; 2:14-15; Jn. 5:24.
 3. En Colosenses, la potestad de las tinieblas se refiere a los buenos aspectos de la cultura, de nuestro carácter y de nuestro ser natural.
 4. Siempre que estamos en el hombre natural o vivimos en nuestro yo, estamos bajo el dominio de la potestad de las tinieblas; lo único que nos queda por hacer es ir a la cruz

- y permitir que ésta elimine en nosotros cada aspecto de la potestad satánica de las tinieblas—Mt. 16:24; Col. 3:5-9.
- B. El reino del Hijo es la autoridad de Cristo—Ap. 11:15; 12:10:
1. El Hijo de Dios es la corporificación de la vida divina y su expresión; por tanto, el reino del Hijo es la esfera de la vida divina—1 Jn. 5:11-12; Jn. 1:4.
 2. El reino al cual hemos sido trasladados es el reino del Hijo, Aquel en quien reposa el amor de Dios; ésta es una esfera de vida llena de amor, y no de temor—Col. 1:13.
 3. El reino en el cual nos encontramos hoy es una esfera llena de vida, luz y amor—1 P. 2:9.
 4. El Hijo del Padre es la expresión del Padre, quien es la fuente de la vida—Jn. 1:18, 4; 1 Jn. 1:2:
 - a. El Hijo amado del Padre, como objeto del amor del Padre, llega a ser para nosotros la corporificación de la vida divina en el amor divino y con la autoridad en resurrección—Mt. 3:17.
 - b. El Hijo es la corporificación de la vida divina y, como tal, es el objeto del amor del Padre—17:5:
 - 1) La vida divina corporificada en el Hijo es dada a nosotros en el amor divino.
 - 2) Aquel que es el objeto del amor divino, llega a ser para nosotros la corporificación de la vida divina en el amor divino y con la autoridad en resurrección; en esto consiste el reino del Hijo amado del Padre.
 5. Ser trasladados al reino del Hijo amado del Padre, equivale a ser trasladados a la persona del Hijo, quien es vida para nosotros—1 Jn. 5:12:
 - a. El Hijo en resurrección es ahora el Espíritu vivificante, y Él nos rige con amor en Su vida de resurrección—1 P. 1:3; Ro. 6:4-5; 1 Co. 15:45b.
 - b. Cuando nosotros vivimos por el Hijo, tomándolo como nuestra vida en resurrección, en efecto vivimos en Su reino, disfrutando de Él en el amor del Padre; es aquí donde experimentamos la vida de iglesia—Col. 3:4; Jn. 6:57.
 6. Si bien el reino del Hijo amado del Padre incluye la era presente, la era venidera y la eternidad, en Colosenses

1:13 el énfasis recae sobre el reino del Hijo amado del Padre en la era actual, esto es, en la era de la iglesia:

- a. Debido a que el Padre se deleita en Su Hijo, el reino del Hijo amado del Padre es algo placentero, algo deleitoso—Mt. 3:17; 17:5.
- b. La vida de iglesia hoy es el reino del Hijo amado del Padre, que le causa a Dios el Padre tanto deleite como el propio Hijo de Dios.
- c. Dios el Padre ama esta parte deleitosa del reino tanto como Él ama a Su Hijo, en quien Él se deleita.

MENSAJE TRES

EL REINO DEL HIJO AMADO DEL PADRE

Oración: Señor, abrimos de nuevo nuestro corazón a Ti. Señor, ven a nosotros de una manera plena. Toca nuestro espíritu y conmueve nuestros sentimientos. Te damos gracias por Tu reino tan maravilloso y glorioso, el cual está delante de nosotros. Señor, háblanos. Tú eres la porción asignada de los santos, Aquel que es todo-inclusivo, extenso y preeminente. ¡Tú lo eres todo! Te amamos, Señor Jesús. Guíanos durante todo este mensaje. Amén.

El reino del Hijo, Aquel en quien reposa el amor del Padre, está lleno del disfrute del Hijo, del Señor Jesucristo, y en dicho reino el Hijo es el centro, y también lo es todo. El Padre ama al Hijo, y el Hijo ha entrado en nosotros, dando por resultado que Su reino sea real para nosotros. El Hijo del Padre está en este reino maravilloso, así como en todos los que Él ha redimido. El Hijo a quien el Padre tanto disfruta, ocupa el lugar preeminente en el reino propio del Hijo, a quien el Padre tanto ama. Cristo, el Hijo, es uno con nosotros y así, juntamente con Cristo, Dios nos ha constituido un reino maravilloso. En el libro de Colosenses, el reino del Hijo, Aquel en quien reposa el amor del Padre, es una porción sumamente especial.

EL REINO DE DIOS ES EL GOBIERNO, EL REINADO, DE DIOS CON TODAS SUS BENDICIONES Y DISFRUTE

El reino de Dios es el gobierno, el reinado, de Dios con todas sus bendiciones y disfrute (Mr. 1:15). El reino de Dios es un reino que lo abarca todo, pues se extiende desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura. El reino de Dios está lleno de bendiciones y disfrute. En el capítulo cinco de Mateo de la *Versión Recobro* se encuentra un diagrama titulado: “Diagrama de la diferencia entre el reino de los cielos y el reino de Dios”. En la nota 4 de Mateo 5:3, el hermano Lee describe el reino de Dios de la siguiente manera: “El reino de Dios es el reinado general de Dios, desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura. Abarca la eternidad sin principio, anterior a la fundación del mundo, los patriarcas elegidos (incluyendo el paraíso de Adán), la

nación de Israel en el Antiguo Testamento, la iglesia en el Nuevo Testamento, el reino milenarío venidero (incluyendo su parte celestial, es decir, la manifestación del reino de los cielos, y su parte terrenal, es decir, el reino mesiánico), y el cielo nuevo y la tierra nueva con la Nueva Jerusalén en la eternidad, sin final". El trono de Dios permanece por la eternidad, y Su reino es un reino eterno.

El diagrama se compone de seis secciones. El reino de Dios se extiende desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura e incluye estas seis secciones. La primera sección corresponde a la era antes de la fundación del mundo, esto es, la eternidad sin principio. La segunda sección corresponde a la dispensación anterior a la ley, la cual incluye a los patriarcas, desde Adán hasta Moisés. Éste era el reino de Dios sobre la tierra, a través del cual Dios continúa operando en diversas eras. La tercera sección, la dispensación de la ley, vino debido a que Dios cambió la manera en la que regía sobre Su pueblo. Esta dispensación comprende el período que se inició con la promulgación de la ley y concluyó con la venida de la gracia, es decir, desde Moisés hasta Cristo.

Después de la dispensación de la ley que fue dada en los tiempos del Antiguo Testamento, vino la dispensación de la gracia en el Nuevo Testamento. Ésta es la era de la iglesia. En esta cuarta sección, la cual comprende la era de la iglesia, vemos que la mayoría de los creyentes se ha degradado. No obstante, el Señor ha intervenido a fin de ganar a Sus vencedores de entre todos los creyentes que están en la iglesia. Esto está representado en el diagrama por una línea punteada que se halla dentro del círculo correspondiente a la iglesia. Dentro de la iglesia, los vencedores llevan a cabo la economía divina de Dios. En la era de la iglesia, también hay quienes están fuera de la iglesia. La iglesia se compone de todos los creyentes verdaderos; sin embargo, existen aquellos que aunque están con la iglesia, no son creyentes verdaderos. Éstos constituyen la apariencia del reino de los cielos, la cristiandad actual. Además, en la era de la iglesia, pero fuera de ésta y de la cristiandad, se halla el mundo, es decir, las naciones gentiles. Ésta es la dispensación de la gracia, la era de la iglesia.

La quinta sección corresponde a la dispensación del reino. Los vencedores de la dispensación de la gracia, aquellos que hayan vencido sobre todas las cosas en dicha era, serán trasladados a esta dispensación del reino. En este reino, el cual es llamado el reino milenarío, ellos reinarán junto con Cristo por mil años.

La sexta sección es la eternidad futura. Después de la dispensación del reino, todos los creyentes entrarán en la eternidad que no tiene fin, en el cielo nuevo y la tierra nueva, cuyo centro es la Nueva Jerusalén. Todos aquellos que fueron reconocidos como hijos de Dios, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, tomarán parte en la Nueva Jerusalén. Afuera de la Nueva Jerusalén estarán las naciones restauradas, las cuales habitarán sobre la tierra. Y afuera de todo esto estará el lago de fuego.

Entre estas seis dispensaciones o secciones, el reino de los cielos se compone de la dispensación de la gracia y la parte celestial de la dispensación del reino milenarío venidero. Hoy nosotros nos hallamos en la realidad del reino de los cielos, y deseamos fervientemente entrar en la manifestación del reino de los cielos. La manifestación del reino de los cielos será una recompensa para todos los vencedores. Creo que todos los que lean este mensaje, o más bien la mayoría de quienes lo lean, están en la iglesia; pero, ¿quién de ustedes puede afirmar que es un vencedor? Lo que el Señor desea es que cada uno de nosotros sea un vencedor en el reino de Dios. Él ha preparado una dispensación gloriosa para todos los que están en el proceso de llegar a ser vencedores. En la era presenta dichos vencedores son aquellos que viven a Cristo, que le entregan todo a Cristo, que viven en la realidad de la iglesia, y que llevan a cabo la economía divina de Dios en esta tierra. Ellos llegarán a ser la novia maravillosa de Cristo, y recibirán una recompensa gloriosa, a saber, la dispensación del reino.

El reino de los cielos se extiende desde el inicio de la era de la iglesia hasta el inicio de la eternidad futura. Dicho reino es una esfera dentro del reino de Dios, el cual se extiende desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura. El reino del Hijo amado, el tema de este mensaje, no conforma otra dispensación; más bien, es un aspecto del reino de Dios, el cual incluye la iglesia, el reino milenarío y la eternidad futura. Este aspecto está estrechamente relacionado con el Hijo. Al final de la dispensación de la ley, el Hijo vino mediante Su encarnación con el fin de llevar a cabo todo lo que el Padre se había propuesto. El Hijo estaba fuera de los creyentes. Él estaba entre los fariseos, los saduceos y también entre los que le seguían, pero no estaba dentro de ellos. Más tarde, Él entró en Sus creyentes. En la dispensación de la gracia y del reino, el Hijo es Aquel que es preeminente. No sólo esto, sino que también Él es preeminente con respecto a Su Cuerpo. Él es la Cabeza y todos Sus creyentes son Su Cuerpo.

En este aspecto de Su reino maravilloso, el Hijo es el Cordero de Dios que está sentado en el trono de Dios (Ap. 22:1). Dios se complace en Él sobremanera. El Evangelio de Mateo narra dos ocasiones en las que el Padre declaró: “Este es Mi Hijo, el Amado, en quien tengo complacencia”, una ocasión fue en el bautismo del Señor, y la otra, en el monte de la Transfiguración (3:17; 17:5). Dios el Padre, se deleita en Su Hijo maravilloso. Él ama al Hijo. En la economía divina Dios ha hecho que el Hijo sea preeminente. Él es el Cristo maravilloso, todo-inclusivo, extenso y glorioso. Éste es Aquel que nos fue dado para que le disfrutemos.

Cristo es la porción asignada a todos los santos (Col. 1:12), y también es nuestra herencia (Hch. 26:18). Él es la porción que Dios ha dado a todos Sus hijos para ser su disfrute, su satisfacción y su todo. En el reino del Hijo amado del Padre, el Hijo es preeminente en las tres etapas: en la era de la iglesia, en la era del reino y en la era de la eternidad. Por la eternidad disfrutaremos a Cristo como el árbol de la vida, y al Espíritu como el agua de vida (Ap. 22:1-2, 17).

El reino de Dios es la esfera en que Dios reina de una manera general, desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura; además, es el dominio en que Dios reina de una manera particular en términos de la vida divina

El reino de Dios es la esfera en que Dios reina de una manera general, desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura; además, es el dominio en que Dios reina de una manera particular en términos de la vida divina (He. 1:8; Sal. 145:13; Dn. 4:3; Jn. 3:3, 5, 15). En el Antiguo Testamento, vemos que Dios estaba fuera del hombre. Desde la eternidad pasada, Dios era un Dios de vida, pero esa vida no había entrado en el hombre. Al comienzo de la era neotestamentaria, en la dispensación de la iglesia, hubo un cambio, un giro. Dios el Hijo, la expresión misma de la vida, entró en Su pueblo. En cierto sentido, el reino es un reino de vida, y dicha vida es la vida divina mezclada con el pueblo de Dios.

De manera general, desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura, Dios ha gobernado a la creación mediante Su autoridad y poder; sin embargo, a partir de la venida de Cristo, la forma en que Dios gobierna cambió: Él entró en el hombre como vida. Ahora, particularmente en el reino de Dios, Él ha cambiado en cuanto a la manera de ejercer Su gobierno, al regir mediante el sentir interior de vida. ¿Qué

glorioso es que este reino sea un reino eterno! (Sal. 145:13; Dan. 4:3). En la primera parte de este reino maravilloso y glorioso, Dios estaba fuera del hombre. Pero Dios es vida (Ef. 4:18), y Su mayor deseo consiste en impartir vida a las personas. Por tanto, hubo un cambio: anteriormente Dios estaba fuera del hombre, y ahora Él está dentro del hombre a fin de ser su vida. Ahora el reino se lleva a cabo de una manera particular mediante el sentir de la vida divina.

El reino de Dios es Dios mismo, y, como contenido de dicho reino, Dios es la vida así como también lo es todo

El reino de Dios es Dios mismo, y, como contenido de dicho reino, Dios es la vida así como también lo es todo (Mr. 1:15; cfr. Ef. 4:18). El reino no existe separadamente de Dios; más bien, el reino es la esfera en la cual Dios lleva a cabo Su economía divina para cumplir Su propósito eterno. El reino es simplemente Dios mismo. Marcos 1:15 dice que el reino de Dios se ha acercado. Mateo 3:2 declara que el reino de los cielos se ha acercado. Estos versículos no sólo indican que Dios sigue rigiendo sobre la creación, sino que Dios mismo se ha acercado. El reino de Dios es Dios mismo. Así que, decir que el reino de Dios se ha acercado equivale a decir que Dios mismo se ha acercado. Para ejemplificar esto, podríamos decir que una persona que viene a vernos, se nos acerca. Ella aún no está con nosotros; simplemente está cerca. Esto significa que su persona misma se aproxima. Del mismo modo, el hecho de que el reino de Dios se haya acercado, significa que Dios mismo se ha acercado. Él se ha acercado como el propio reino de Dios.

El reino de Dios es el Salvador, el Señor Jesús, quien como la simiente de vida se siembra en Sus creyentes y se desarrolla hasta ser una esfera, el propio reino en el cual Dios puede reinar en Su vida divina

El reino de Dios es el Salvador, el Señor Jesús, quien como la simiente de vida se siembra en Sus creyentes y se desarrolla hasta ser una esfera, el propio reino en el cual Dios puede reinar en Su vida divina (Lc. 17:20-21; Mr. 4:3, 26). En Lucas 17:20-21 el Señor Jesús les habló a los fariseos, diciendo: “El reino de Dios no vendrá de modo que pueda observarse” (v. 20). El reino no es algo material. Si usted ve el reino desde el punto de vista físico, nunca lo obtendrá. El Señor continuó diciendo: “El reino de Dios está entre vosotros” (v. 21). ¿Quién era el que estaba entre los fariseos? Era el Señor Jesucristo. Ésta es una

palabra clave, la cual muestra que el Señor Jesús, quien estaba delante de los fariseos, era el propio reino de Dios. El reino que Dios está estableciendo en el universo no es un reino material, sino espiritual. Es un reino lleno de Cristo.

El Señor Jesús pasó por un proceso. Primeramente, pasó por el proceso de la encarnación; Él era un hombre que estaba frente a los fariseos. Luego, pasó por los procesos de la crucifixión y la resurrección para llegar a ser el Espíritu vivificante. Como Espíritu vivificante, Él puede entrar en Su pueblo escogido. Sus creyentes, quienes son considerados Su labranza (1 Co. 3:9), son las muchas plantas. Dichas plantas son el producto de la simiente de vida que fue sembrada en ellos.

El reino de Dios es semejante a un cultivo, el cual empezó cuando el Señor Jesús, la simiente de vida, se sembró como la palabra de Dios en Su pueblo (Mr. 4:3). El Señor comenzó a sembrarse en Su pueblo mediante la regeneración. Nosotros nacimos de Dios por medio de Su palabra (1 P. 1:23), la cual fue sembrada en nosotros. La palabra de Dios no es otra cosa que el Cristo que entró en nuestro ser. Cristo, la simiente de vida, entró en nuestro ser en el momento de nuestra regeneración. Ahora, esta simiente está creciendo. En Marcos 4:26-29 se describe el proceso de crecimiento por el cual pasa la semilla que fue sembrada en nosotros. Primero, se siembra la semilla (v. 26); después, aparece la hierba; luego, brota la espiga; posteriormente aparece el grano llenando la espiga (v. 28). Finalmente, llega el tiempo de la siega de dicho cultivo (v. 29). La cosecha se recoge cuando todo el grano está maduro. Recuerdo que de joven solía observar cómo crecían los cultivos en una parcela que mis padres cultivaban. En cierta ocasión ellos sembraron maíz; pude observar el crecimiento de la semilla, vi cómo primero salía la planta. Después de un tiempo, brotaba la espiga con una pequeña mazorca. Con el paso del tiempo, la mazorca crecía hasta alcanzar la plena madurez y entonces estaba lista para la siega. Hoy en día, el reino de Dios está en la tierra. Este reino está dentro de nuestro ser, y está creciendo y madurando. Así que, un día, la cosecha vendrá.

El reino de Dios hoy es el Señor Jesucristo como la simiente de vida que se siembra en nuestro espíritu en el momento de nuestra regeneración, cuando invocamos el nombre del Señor. Ahora, este Cristo maravilloso está creciendo y desarrollándose como la vida en nuestro ser. Tal crecimiento y desarrollo en vida finalmente alcanzará la madurez hasta convertirse en el verdadero reino de Dios sobre esta tierra. No

piensen que Dios está estableciendo un reino material en la tierra; Él está edificando un reino espiritual.

La entrada a este reino es la regeneración, y el desarrollo de este reino equivale al crecimiento que los creyentes experimentan en la vida divina.

La entrada a este reino es la regeneración, y el desarrollo de este reino equivale al crecimiento que los creyentes experimentan en la vida divina (Jn. 3:5; 2 P. 1:3-11).

El reino hoy es la vida de iglesia, en la cual viven los creyentes fieles

El reino hoy es la vida de iglesia, en la cual viven los creyentes fieles (Ro. 14:17). Todos nosotros fuimos traídos a la iglesia para ser uno. Puesto que tenemos a Cristo en nosotros como la vida divina, hemos llegado a ser la iglesia de Dios. Hoy como la iglesia somos realmente el lugar en el cual viven los creyentes fieles; éste es el reino de Dios.

El reino de Dios se desarrollará hasta llegar a ser el reino venidero, el cual será la recompensa que heredarán los santos vencedores en el milenio

El reino de Dios se desarrollará hasta llegar a ser el reino venidero, el cual será la recompensa que heredarán los santos vencedores en el milenio (Gá. 5:21; Ef. 5:5; Ap. 20:4, 6).

El reino tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén, la cual será la esfera eterna donde la bendición eterna de la vida eterna de Dios será disfrutada por los redimidos de Dios, en los cielos nuevos y la tierra nueva, por la eternidad

El reino tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén, la cual será la esfera eterna donde la bendición eterna de la vida eterna de Dios será disfrutada por los redimidos de Dios, en los cielos nuevos y la tierra nueva, por la eternidad (21:1-4; 22:1-5, 14). El reino no es algo externo, sino algo interno. El reino es el propio Dios Triuno. Esta persona maravillosa vino a nosotros al nacer en nuestro interior mediante nuestra maravillosa regeneración. Ahora, esta persona vive en nosotros, y a medida que le cedemos más terreno en nuestro ser, el reino de Dios crece y se manifiesta sobre la tierra. ¿En qué consiste el recobro

del Señor, y hasta qué grado es el recobro del Señor el reino de Dios? Todo depende del grado en que el Dios Triuno, este Cristo maravilloso, se haya propagado, crecido, desarrollado y alcanzado la madurez en nosotros. El recobro del Señor no consiste meramente en que se añadan más y más personas. Ciertamente, el Señor desea que más y más pecadores se arrepientan y lleguen a ser miembros que constituyan la iglesia. Pero Él desea mucho más que esto. No se trata simplemente de conducir personas a la salvación, sino de laborar en ellas a fin de que puedan crecer y alcanzar la madurez en la vida divina. Poco a poco, a medida que todas las iglesias locales crecen y maduran, llegan a ser la expresión misma del reino de Dios en esta tierra. Cuando este reino se manifieste sobre la tierra, aquellos en quienes la vida divina haya alcanzado su madurez, que hayan vencido para vivir en la realidad del reino de los cielos, y que hayan permanecido fieles en beneficio de todos los creyentes, recibirán una maravillosa recompensa en aquel día. Dicha recompensa será el reino milenar.

**El reino es el resplandor de la realidad del Señor Jesús;
estar bajo Su resplandor equivale a estar en el reino**

El reino es el resplandor de la realidad del Señor Jesús; estar bajo Su resplandor equivale a estar en el reino (Mr. 9:1-2). El resplandor de Cristo es el jubileo neotestamentario (cfr. Hch. 26:18).

En Levítico 25 el Señor les habló acerca del jubileo a los hijos de Israel. Para ellos el jubileo representaba una gran liberación. En el tiempo del jubileo, cada uno volvía a la posesión que había heredado y que había perdido. Algunos perdieron la tierra debido a que habían empobrecido o habían sido negligentes. Algunos de ellos habían perdido su posesión por haberse vendido como esclavos. Pero, en el año cincuenta, al sonar el cuerno del carnero por toda la tierra de Israel, todo el pueblo volvía a su heredad. Por ejemplo, si usted me hubiese adquirido en posesión, habría tenido que pagar únicamente conforme al número de los años que faltaran para el año del jubileo, el año cincuenta. Si faltaban sólo cinco años para que llegara el año cincuenta, usted sólo me debía pagar por esos cinco años. Si faltaban cuarenta y cinco años para la llegada del año cincuenta, me tendría que pagar sólo por esos cuarenta y cinco años. Cuando llegaba el año cincuenta todo cambiaba. Todo volvía a su estado inicial. En esto consiste el maravilloso jubileo.

En Lucas 4:18-19 el Señor Jesús vino y proclamó el año del jubileo.

Después de leer el libro en la sinagoga de Nazaret, Él dijo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos (v. 21). En cierto sentido, el Señor estaba diciendo: “El jubileo ha llegado porque Yo estoy aquí”. En el Antiguo Testamento el jubileo duró sólo un año. Pero en el Nuevo Testamento el jubileo comprende el período completo de la era neotestamentaria. Cristo nos ha sido dado como la buena tierra para que le disfrutemos. Cristo, nuestra buena tierra, nos fue otorgado como nuestra herencia, pero muchos de nosotros nos volvimos negligentes y pobres, al grado de perder el disfrute de Cristo, de la buena tierra. Dios desea que Sus hijos recobren el disfrute de esta buena tierra. En esto consiste el jubileo. El jubileo es algo maravilloso; nos sana y restaura nuestra visión. Hoy estamos disfrutando el jubileo; nuestra vida de iglesia y nuestro vivir sobre la tierra deben estar basados en el principio del jubileo.

En Lucas 9, mientras el Señor Jesús estaba con Sus discípulos, les dijo: “Pero os digo en verdad: Hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios” (v. 27). Ocho días después, tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo y, llevándolos a un monte alto, se transfiguró ante ellos (vs. 28-29). En Su transfiguración, el Señor resplandeció con Su gloria. En el Evangelio de Lucas vemos claramente que el jubileo que estamos disfrutando es el resplandor de Cristo sobre nosotros. El jubileo pleno será consumado cuando seamos transfigurados, esto es, cuando nuestro espíritu, alma y cuerpo sean plenamente transformados. Ese día entraremos a la gloria y disfrutaremos al máximo este maravilloso jubileo.

En el monte de la Transfiguración los discípulos experimentaron el brillante resplandor del Señor (Mt. 17:2). En aquel monte, la luz que resplandeció de Cristo era una gran luz. Los discípulos no tuvieron la misma experiencia que tuvo Cristo, pero, indudablemente, en ese día ellos pudieron experimentar el disfrute del jubileo. Cristo desea ser la luz para todo Su pueblo. Él quiere ser la vida por la cual vivimos. Nosotros disfrutamos de esta porción en la luz (Col. 1:12). Debemos permanecer bajo la luz del Señor Jesús, la cual resplandece en nuestro interior día tras día. Pedro, Juan y Jacobo no experimentaron este disfrute en el monte aquel día. Ellos externamente estaban en el ámbito del jubileo. Pero hoy nosotros estamos bajo la luz del Dios Triuno, quien resplandece sobre nosotros y, aún más, resplandece en nuestro interior. Éste es el glorioso jubileo. No es un asunto de que nuestras enfermedades sean sanadas o de que nuestra visión sea

restaurada, ni de ninguna experiencia exterior, sino de que gradualmente, nuestras enfermedades espirituales son sanadas, nuestra visión en la esfera divina es recobrada y nuestra unidad con el Dios Triuno es plenamente restaurada. En esto consiste el jubileo. A medida que en nosotros crezca el Señor, quien como la simiente maravillosa de vida se ha sembrado en nuestro ser, todo nuestro ser —espíritu, alma y cuerpo— será transformado por completo. Como resultado de ello, tendremos la mente de Cristo (1 Co. 2:16). Finalmente, en cada parte de nuestro ser, simplemente seremos Cristo. En el momento de nuestra regeneración, nuestro espíritu llegó a ser vida (Ro. 8:10). En ese momento nuestro espíritu rebosaba disfrutando el jubileo. Gradualmente nuestra alma también entrará en la esfera del jubileo. Por último, cuando nuestro cuerpo sea transfigurado, todo nuestro ser entrará en la esfera del jubileo. ¡Cuán glorioso jubileo tenemos ante nosotros!

El reino de Dios es el reinado de Dios y, como tal, no sólo es el ámbito del señorío divino, sino también el ámbito propio de la especie divina, en el cual se halla todo lo que sea divino

En Juan 3 el reino de Dios se refiere más a la especie de Dios que al reinado de Dios

El reino de Dios es el reinado de Dios y, como tal, no sólo es el ámbito del señorío divino, sino también el ámbito propio de la especie divina, en el cual se halla todo lo que sea divino (Jn. 3:3, 5). En Juan 3 el reino de Dios se refiere más a la especie de Dios que al reinado mismo de Dios. Hay muchos reinos, tales como el reino vegetal, el reino animal y el reino del género humano. No obstante, Dios también tiene un reino. En cada uno de estos reinos hay diferentes clases de especies. Así, en el reino vegetal hay muchas especies de vegetales. En el reino animal hay diversas especies de animales. Y en el reino humano se halla el hombre, el cual pertenece a la especie humana. Pero hay otra clase de reino en el universo: el reino de Dios, y aquellos que constituyen dicho reino pertenecen a la especie divina.

En el momento en que fuimos concebidos, entramos a formar parte del reino humano, y todavía seguimos en él. Asimismo, al ser regenerados, entramos en otra esfera. Entramos en el reino de Dios, y

ahora pertenecemos a la especie divina. ¡Somos miembros de la especie divina en el reino de Dios!

Dios se hizo hombre a fin de participar de la especie humana, y el hombre es hecho Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, a fin de ser partícipe de la especie divina

Dios se hizo hombre a fin de participar de la especie humana, y el hombre es hecho Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, a fin de ser partícipe de la especie divina (1:12-14; Ro. 8:3; 1:3-4). ¡Alabado sea el Señor por nuestro maravilloso Dios! Este Dios se hizo hombre para entrar en la especie humana. Por medio de nuestra regeneración nosotros lo hemos recibido a Él, el propio Dios. Así que, hemos llegado a ser Dios en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad. Llegamos a ser de la especie divina al recibir la vida y la naturaleza divinas. Llegamos a ser divinos. La vida misma de Dios fue engendrada en nosotros; somos personas que han recibido Su naturaleza divina. Por consiguiente, ahora somos Dios en vida y en naturaleza, mas, por supuesto, no en la Deidad.

Para entrar en la esfera divina, es decir, en la esfera de la especie divina, tenemos que nacer de Dios a fin de poseer la vida y la naturaleza divinas

Para entrar en la esfera divina, es decir, en la esfera de la especie divina, tenemos que nacer de Dios a fin de poseer la vida y la naturaleza divinas (Jn. 1:12-13). Todos nosotros nacimos en la esfera humana. Por tanto, somos parte de la especie humana. Pero ahora somos seres que pertenecen tanto a la especie divina como a la especie humana. Nacimos dentro de una esfera que es mucho más elevada que la especie humana. Al nacer de Dios mediante nuestra regeneración, nos convertimos en otra especie. Algunas personas que trabajan con animales, han intentado entrenar a los monos para que actúen como seres humanos. Los adiestran para que coman, caminen y se muevan como seres humanos. Aunque los monos aprendan a obedecer e imiten a los humanos por cierto período de tiempo, al final vuelven a actuar como lo que son, como monos. La única manera en que el mono puede entrar en la especie humana, es nacer de la vida humana, lo cual es imposible. No obstante, nosotros los seres humanos podemos nacer de nuevo. Podemos nacer de nuevo para ver el reino de Dios (3:3). Podemos nacer del agua y del Espíritu para entrar en el reino de Dios (v. 5).

Cuando estuvimos en Rusia conocimos a muchas personas rusas. Todas ellas pertenecían simplemente a la especie humana. Sin embargo, con el tiempo, se les predicó el evangelio a muchas de ellas, de modo que recibieron a Cristo y fueron bautizadas. Así que, cuando salían del salón de reuniones, ya no eran simplemente de la especie humana, antes bien, habían entrado en la esfera de la especie divina. Habían recibido la vida y naturaleza de Dios. Ahora esta vida y naturaleza está creciendo dentro de ellas. Estas personas están en el proceso de llegar a ser Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad.

*Dios nos regeneró para que pertenezcamos a la especie divina,
y así podamos entrar en el reino de Dios*

Dios nos regeneró para que pertenezcamos a la especie divina, y así podamos entrar en el reino de Dios (vs. 3, 5). Entramos en este reino al nacer dentro de dicho reino.

*En virtud de nuestro segundo nacimiento,
entramos en el reino de Dios y llegamos a ser de la especie divina;
ahora, somos Dios-hombres que pertenecen a la especie divina,
esto es, al reino de Dios*

En virtud de nuestro segundo nacimiento, entramos en el reino de Dios y llegamos a ser de la especie divina; ahora, somos Dios-hombres que pertenecen a la especie divina, esto es, al reino de Dios. El milagro más maravilloso de todo el universo es que podamos unirnos a la especie divina. En virtud de nuestro segundo nacimiento, entramos en el reino de Dios. Por ser creyentes, todos nosotros pertenecemos a este reino. No pertenecemos a este reino debido a nuestro nacimiento humano, sino debido a nuestro nacimiento divino, es decir, a que nacimos de Dios. Mas no somos Dios en cuanto a la Deidad; obviamente no somos omniscientes ni omnipotentes. No obstante, somos Dios en vida, en naturaleza y en expresión. ¡Qué glorioso es que nuestro Dios nos engendre y nos haga Dios en vida, en naturaleza y en expresión! Somos Dios-hombres, somos hombres que están mezclados con Dios, que poseen la vida y la naturaleza divinas. Hemos llegado a ser la expresión misma de Dios. Somos Dios en vida y en naturaleza.

**EL PADRE NOS HA LIBRADO DE LA POTESTAD DE LAS TINIEBLAS
Y NOS HA TRASLADADO AL REINO DEL HIJO DE SU AMOR**

El Padre nos ha librado de la potestad de las tinieblas y nos ha

trasladado al reino del Hijo de Su amor (Col. 1:13). Este aspecto del reino se lleva a cabo en tres diferentes etapas: en la era de la iglesia, en el reino milenar, y en la eternidad con el Señor en la Nueva Jerusalén.

La potestad de las tinieblas denota la potestad de Satanás

La potestad de las tinieblas denota la potestad de Satanás. Hechos 26:18 dice: “Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban perdón de pecados y herencia entre los que han sido santificados por la fe que es en Mí”. Este versículo es parte del testimonio que Pablo dio ante el rey Agripa, donde el apóstol habló acerca de la comisión que el Señor personalmente le había encomendado, cuando le dijo: “Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz”. Esta comisión es el gran jubileo. El hecho de que nuestros ojos sean abiertos es lo primero que se nos concede como parte de nuestra experiencia del jubileo del Señor. Nuestros ojos espirituales tienen que ser abiertos, lo cual es el inicio de nuestro disfrute de tal jubileo.

Colosenses 1:12-14 dice: “Dando gracias al Padre que os hizo aptos para participar de la porción de los santos en la luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino del Hijo de Su amor, en quien tenemos redención, el perdón de pecados”. Si comparamos Hechos 26:18 y Colosenses 1:12-14, podremos notar que muchas palabras se repiten en ambos pasajes. En Hechos 26 Pablo testifica acerca de la comisión que había recibido de parte de Dios, y cómo él llevaba a cabo esta maravillosa comisión. Y en Colosenses 1 él regresa a estos mismos asuntos básicos y habla de ellos otra vez.

La palabra *porción* en el versículo 12 y la palabra *herencia* en Hechos 26:18 son la misma palabra en griego. Pablo se dio cuenta de que había recibido una maravillosa herencia. En Colosenses vemos claramente que esta herencia se refiere a la porción asignada de la tierra, la cual ha sido dada a todos los santos. Hoy todos nosotros hemos recibido aquella porción asignada, esto es, hemos entrado en el jubileo. Pero para entrar en este maravilloso jubileo, para entrar en el pleno disfrute de Cristo como la porción de los santos, es necesario que experimentemos el versículo 13. Tenemos que ser librados de la potestad de las tinieblas. Hemos llegado a ser santos de luz y hemos sido introducidos en Dios, y ahora en el jubileo estamos viviendo en la luz del Dios Triuno. Esta luz está siempre resplandeciendo sobre nosotros, y

nosotros estamos disfrutando la porción de los santos en la luz debido a que fuimos librados de la potestad de las tinieblas.

La potestad de las tinieblas es la potestad de Satanás mencionada en Hechos 26:18. Hemos sido librados de la potestad de las tinieblas y trasladados al reino del Hijo de Su amor. Hay algo detestable en este versículo, a saber, la potestad de las tinieblas. Pero por otra parte hay algo maravilloso y deleitoso en este mismo versículo, esto es, el reino del Hijo de Su amor. Anteriormente estábamos bajo la potestad de Satanás; estábamos en su reino de tinieblas. Ciertamente estábamos bajo tal potestad, pero algo aconteció. Nuestro Padre maravilloso nos libró de tal potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo, Aquel en quien reposa el amor del Padre. Éste es un lugar deleitoso.

***Las tinieblas son Satanás, quien es la muerte;
por tanto, ser librados de la potestad de las tinieblas
equivale a ser librados del diablo,
de aquel que tiene el imperio de la muerte***

Las tinieblas son Satanás, quien es la muerte; por tanto, ser librados de la potestad de las tinieblas equivale a ser librados del diablo, de aquel que tiene el imperio de la muerte (He. 2:14; Jn. 17:15). Cuando creímos en el Señor Jesús, cuando nuestros ojos fueron abiertos y empezamos a ser partícipes del jubileo de Dios y a disfrutar del mismo, fuimos librados de la potestad de las tinieblas. Fuimos librados del diablo, de aquel que tiene el imperio de la muerte. Éste es un asunto grandioso. Hemos sido librados de la potestad de las tinieblas. La potestad de las tinieblas no es otra cosa que Satanás con su esfera de tinieblas.

***Hemos sido librados del diablo, de Satanás, por la muerte
de Cristo y mediante la vida de Cristo en resurrección***

Hemos sido librados del diablo, de Satanás, por la muerte de Cristo y mediante la vida de Cristo en resurrección (Col. 1:13; 2:14-15; Jn. 5:24). En la muerte de Cristo todas las potestades, los principados y los poderes malignos fueron juzgados en la cruz. En resurrección Cristo nos introdujo en la vida. Por medio de Su muerte y resurrección fuimos librados de la potestad de las tinieblas, de la potestad de Satanás, y también fuimos librados del diablo, Satanás, quien tiene el imperio de la muerte. Con Cristo tenemos luz y vida. Con Satanás, tinieblas y muerte. Hemos sido librados de Satanás, de la tinieblas

y de la muerte. Hemos sido librados para ser introducidos en Dios mismo, en Cristo, donde encontramos luz y vida. Ésta es nuestra residencia, el lugar de la luz y la vida.

***En Colosenses, la potestad de las tinieblas se refiere
a los buenos aspectos de la cultura, de nuestro carácter,
de nuestro temperamento y de nuestro ser natural***

En Colosenses, la potestad de las tinieblas se refiere a los buenos aspectos de la cultura, de nuestro carácter, de nuestro temperamento y de nuestro ser natural. Entre los libros de la Palabra de Dios, el libro de Colosenses es muy especial. En Colosenses las tinieblas que Pablo menciona, a saber, la potestad de las tinieblas, se refiere no solamente a los aspectos malignos, sino principalmente a los buenos aspectos de nuestra cultura, de nuestro carácter, de nuestro temperamento y de nuestro ser natural. No es tan difícil entender que necesitamos ser librados de los aspectos malignos de las tinieblas. Ciertamente es fácil aceptar que necesitamos ser librados de los juegos de azar, de cometer robos y de otros aspectos malignos de las tinieblas. Pero para que Dios lleve a cabo Su economía divina, de la cual Él nos ha hecho partícipes al librarnos de la potestad de las tinieblas y trasladarnos a Su reino maravilloso, debemos ser librados no sólo de las cosas malignas, sino también de todas las cosas buenas.

Los colosenses necesitaban ser librados de los rituales y ordenanzas religiosas y de las costumbres y filosofía de los gentiles. Ellos necesitaban ser librados tanto de los buenos aspectos de la religión judaica, como de los aspectos corruptos, tales como rendir culto a los ángeles. También necesitaban ser librados de la filosofía griega, la cual incluía el misticismo, el gnosticismo y el ascetismo. Ninguna de estas cosas nos puede llevar a disfrutar a este maravilloso Cristo. Es posible que nosotros, al igual que los colosenses, valoremos todas las cosas buenas en nuestra vida. Sin embargo, necesitamos que el Señor juzgue nuestro yo, nuestra vida natural, nuestra manera de ser y todo lo que sea nuestro. Incluso, puede ser que tengamos normas éticas, pero todas ellas pertenecen a la potestad de las tinieblas.

No importa si las cosas en las que estamos involucrados son buenas o malas, si tienen que ver con nuestra cultura, nuestra filosofía, nuestra religión, nuestras normas morales, sean las que sean, si estamos viviendo por estas cosas y expresándolas a ellas, estamos fuera del disfrute de Cristo. Tal vez consideremos que si nos ceñimos a ciertos

valores éticos, si somos buenos creyentes, o que si llevamos una vida excelente y tenemos un carácter sobresaliente, entonces estamos siendo muy espirituales. Al contrario, todas estas cosas nos mantendrán alejados de la porción que Dios nos ha asignado. Puede ser que, día tras día, estemos viviendo en nuestro yo y por nuestra vida natural. Y puede ser que algunos hasta disfruten los deportes y otras actividades más de lo que disfrutaban a Cristo. ¿Podría usted afirmar que mientras está disfrutando de los deportes, al mismo tiempo está disfrutando a Cristo como su porción asignada? Mientras continúe viviendo según su filosofía y sus normas éticas, ciertamente estará siendo apartado de Cristo. El Señor tiene que volvernos a Cristo y solamente a Él.

Todos debemos orar: “Señor, sálvame de todo lo que no sea Cristo mismo. Vuélveme a Cristo. Vuélveme solamente a Él”. Cristo es nuestra porción asignada. La ética no es nuestra porción. Los rituales religiosos tampoco lo son, así como tampoco son los deportes ni las cosas mundanas. Que el Señor nos libre de la potestad de las tinieblas, de la potestad de Satanás. Que el Señor, de manera misericordiosa, resplandezca sobre nosotros para que seamos iluminados, a fin de que podamos ver que lo que estamos viviendo no es Cristo. El hermano Lee nos dijo que todas las cosas deben ser juzgadas. La cruz debe operar en la vida de todos nosotros para eliminar todo lo que no sea Cristo.

Por esta razón necesitamos tener contacto con Cristo cada mañana, día tras día. Necesitamos tener contacto con Él, disfrutarle y ser llenos, impregnados y saturados de Él. Cuanto más vivamos a Cristo y más le disfrutemos como Aquel que es todo-inclusivo y extenso, poco a poco todas las cosas pertenecientes a las tinieblas serán puestas en evidencia, y como resultado seremos introducidos plenamente en el jubileo. Un día alcanzaremos la consumación del disfrute del jubileo. Espero que hoy en el recobro del Señor, el Señor pueda operar entre nosotros de tal modo que nos haga volver plenamente al disfrute de Cristo como nuestra porción. Cada mañana debemos comenzar nuestro día disfrutando a Cristo. Cada día debemos llevar una vida en la cual invocamos Su nombre y acudimos a Su Palabra. Además, debemos permanecer en la comunión del Cuerpo y en el disfrute de la vida de iglesia; y mientras vivimos de esta manera, la cruz operará en nosotros. La cruz pondrá en evidencia todo lo que no sea Cristo en nuestro ser, en nuestra práctica y en nuestro vivir. Luego, poco a poco, la cruz operará en nosotros, eliminando todas las tinieblas. Tal vez hoy los jóvenes no acepten que ciertas cosas pertenecen a las tinieblas, y puede ser que los mayores no

consideren que las cosas en que ellos están involucrados y que están disfrutando, estén bajo la potestad de las tinieblas. Todos necesitamos ser librados de la potestad de las tinieblas.

Para estar en este maravilloso reino, tenemos que ser completamente librados de la potestad de las tinieblas. Necesitamos ser librados de tal potestad de las tinieblas, y luego, gradualmente, día tras día, poco a poco, ser trasladados al reino del Hijo, Aquel en quien reposa el amor del Padre. Sé muy bien que ustedes son como yo. Yo deseo vivir en este reino; quiero ser librado de la potestad de las tinieblas, de la potestad del diablo, de todo lo que no sea Cristo mismo. Deseo que toda mi cultura, mi manera de vivir, mi disfrute y todo lo que estoy haciendo, sea Cristo mismo. Cristo es nuestra porción. Que el Señor nos libre de todo lo relacionado con las tinieblas.

Siempre que estamos en el hombre natural o vivimos en nuestro yo, estamos bajo el dominio de la potestad de las tinieblas; lo único que nos queda por hacer es ir a la cruz y permitir que ésta elimine en nosotros cada aspecto de la potestad satánica de las tinieblas

Siempre que estamos en el hombre natural o vivimos en nuestro yo, estamos bajo el dominio de la potestad de las tinieblas; lo único que nos queda por hacer es ir a la cruz y permitir que ésta elimine en nosotros cada aspecto de la potestad satánica de las tinieblas (Mt. 16:24; Col. 3:5-9).

El reino del Hijo es la autoridad de Cristo

El reino del Hijo es la autoridad de Cristo (Ap. 11:15; 12:10). Este reino es nuestro destino final. Estamos en la dispensación de la gracia. Pero nuestra meta es estar en la dispensación del reino, y nuestra maravillosa esperanza es estar en el cielo nuevo y en la tierra nueva como la Nueva Jerusalén, por la eternidad. Éste es el reino del Hijo amado del Padre; ésta es la parte deleitosa del reino. Todos nosotros debemos experimentar este aspecto del reino. Si lo experimentamos, puedo asegurarles que estaremos en el disfrute pleno de Cristo.

El Hijo de Dios es la corporificación de la vida divina y su expresión; por tanto, el reino del Hijo es la esfera de la vida divina

El Hijo de Dios es la corporificación de la vida divina y su

expresión; por tanto, el reino del Hijo es la esfera de la vida divina (1 Jn. 5:11-12; Jn. 1:4).

El reino al cual hemos sido trasladados es el reino del Hijo, Aquel en quien reposa el amor de Dios; ésta es una esfera de vida llena de amor, y no de temor

El reino al cual hemos sido trasladados es el reino del Hijo, Aquel en quien reposa el amor de Dios; ésta es una esfera de vida llena de amor, y no de temor (Col. 1:13). En este reino no hay temor. Este reino está en una esfera de vida y de amor, y no de temor.

El reino en el cual nos encontramos hoy es una esfera llena de vida, luz y amor

El reino en el cual nos encontramos hoy es una esfera llena de vida, luz y amor (1 P. 2:9).

El Hijo del Padre es la expresión del Padre, quien es la fuente de la vida

El Hijo del Padre es la expresión del Padre, quien es la fuente de la vida (Jn. 1:18, 4; 1 Jn. 1:2). El Hijo de Su amor es el objeto del amor del Padre y, como tal, Él es la corporificación de la vida para nosotros en el amor divino con la autoridad en resurrección (Mt. 3:17). El Hijo, siendo la corporificación de la vida divina, es el objeto del amor del Padre (17:5).

La vida divina corporificada en el Hijo es dada a nosotros en el amor divino. El objeto del amor divino viene a ser para nosotros la corporificación de la vida en el amor divino con la autoridad en resurrección; éste es el reino del Hijo amado del Padre.

Ser trasladados al reino del Hijo amado del Padre, equivale a ser trasladados a la persona del Hijo, quien es vida para nosotros

El Hijo en resurrección es ahora el Espíritu vivificante, y Él nos rige con amor en Su vida de resurrección

Ser trasladados al reino del Hijo amado del Padre, equivale a ser trasladados a la persona del Hijo, quien es vida para nosotros (1 Jn. 5:12). El Hijo en resurrección es ahora el Espíritu vivificante, y Él nos rige con amor en Su vida de resurrección (1 P. 1:3; Ro. 6:4-5;

1 Co. 15:45b). En esta parte del reino, nuestro Cristo maravilloso no impone Su voluntad sobre la nuestra, forzándonos a cumplir lo que exige Dios. No estamos viviendo bajo el dominio de Dios de esta manera. Por el contrario, estamos viviendo y disfrutando a este Cristo quien es el Espíritu y quien nos rige con amor en Su vida de resurrección.

Cuando nosotros vivimos por el Hijo, tomándolo como nuestra vida en resurrección, en efecto vivimos en Su reino, disfrutando de Él en el amor del Padre; es aquí donde experimentamos la vida de iglesia

Cuando nosotros vivimos por el Hijo, tomándolo como nuestra vida en resurrección, en efecto vivimos en Su reino, disfrutando de Él en el amor del Padre; es aquí donde experimentamos la vida de iglesia (Col. 3:4; Jn. 6:57). Aquí disfrutamos a Cristo, y le disfrutamos en la vida de iglesia.

Si bien el reino del Hijo amado del Padre incluye la era presente, la era venidera y la eternidad, en Colosenses 1:13 el énfasis recae sobre el reino del Hijo amado del Padre en la era actual, esto es, en la era de la iglesia

Si bien el reino del Hijo amado del Padre incluye la era presente, la era venidera y la eternidad, en Colosenses 1:13 el énfasis recae sobre el reino del Hijo amado del Padre en la era actual, esto es, en la era de la iglesia. Es en esta era que disfrutamos el reino del Hijo amado del Padre.

Debido a que el Padre se deleita en Su Hijo, el reino del Hijo amado del Padre es algo placentero, algo deleitoso

Debido a que el Padre se deleita en Su Hijo, el reino del Hijo amado del Padre es algo placentero, algo deleitoso (Mt. 3:17; 17:5). Éste aspecto del reino es algo placentero, algo deleitoso.

La vida de iglesia hoy es el reino del Hijo amado del Padre, que le causa a Dios el Padre tanto deleite como el propio Hijo de Dios

La vida de iglesia hoy es el reino del Hijo amado del Padre, que le causa a Dios el Padre tanto deleite como el propio Hijo de Dios. Éste es el reino en el que estamos hoy, una esfera de deleite.

Dios el Padre ama esta parte deleitosa del reino tanto como Él ama a Su Hijo, en quien Él se deleita

Dios el Padre ama esta parte deleitosa del reino tanto como Él ama a Su Hijo, en quien Él se deleita. ¿Realmente cree usted que el Padre le ama de esta misma manera? ¿Tiene el sentir día tras día de que Él le ama y que está feliz con usted? Estamos en un lugar de deleite, de gozo y de descanso. Consideremos esta cita textual tomada de *The Conclusion of the New Testament* [La Conclusión del Nuevo Testamento]: “La iglesia, como la parte deleitosa del reino divino, es considerada una gran bendición para el pueblo redimido de Dios por el apóstol Pablo en el libro de Colosenses, un libro que trata de Cristo como la porción todo-inclusiva del pueblo de Dios” (pág. 2584).

Es en el reino del amor del Padre que disfrutamos a nuestro Señor al máximo. Éste es un lugar deleitoso. En este lugar Cristo nos cubre con Su sombra a todos. Tal es el lugar que Dios ha establecido.—B. P.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE COLOSENSES

La mayordomía de Dios consiste en completar la palabra de Dios y en presentar perfecto en Cristo a todo hombre (Mensaje 4)

Lectura bíblica: Col. 1:24—2:2

- I. Debemos seguir el modelo de Pablo a fin de ser un fiel ministro de la iglesia según la mayordomía de Dios—1 Ti. 1:16; Col. 1:24-25:
 - A. El deseo del corazón de Dios es impartirse a Sí mismo en el hombre; éste es el tema central de toda la Biblia—Gn. 2:7-9; Jn. 10:10b; Ef. 3:8-11.
 - B. Debido a que nuestro Padre tiene una gran familia, una familia divina, y unas riquezas tan vastas, se requieren muchos mayordomos en Su casa que dispensen tales riquezas a Sus hijos; esta impartición es la mayordomía—v. 2; 1 Co. 9:17.
 - C. Un mayordomo es el administrador de una casa, quien se encarga de dispensar o distribuir las provisiones a los miembros de la familia; los apóstoles fueron designados por el Señor para ser tales mayordomos, personas que impartían en los creyentes los misterios de Dios, los cuales son: Cristo como misterio de Dios, y la iglesia como misterio de Cristo—Col. 2:2; Ef. 3:4; 1 Co. 4:1.
 - D. En este ministerio, un ministerio que distribuye tales riquezas, lo más crucial es que los mayordomos sean hallados fieles; como fieles mayordomos, debemos aprender a no preocuparnos cuando otros nos critiquen, y a no condenarnos ni examinarnos a nosotros mismos—vs. 1-5.
- II. Los fieles mayordomos de Dios completan lo que falta de las aflicciones de Cristo por Su Cuerpo, que es la iglesia—Col. 1:24:
 - A. Las aflicciones de Cristo pertenecen a dos categorías: las que sufrió para lograr la redención, las cuales fueron cumplidas

